

# En los orígenes del sistema de partidos boliviano: las tres generaciones partidarias del siglo XX

SALVADOR ROMERO BALLIVIÁN  
<salvador.romero.ballivian@hotmail.com>  
Corte Nacional Electoral  
Bolivia

[Resumen] Se ofrece una mirada de conjunto y de carácter histórico, sociológico y político sobre la formación del sistema de partidos boliviano a partir de la década de 1930. En el artículo, se sostiene que se trata de tres generaciones; la primera nace luego de la Guerra del Chaco, la segunda se desarrolla en la década de 1970 y la tercera brota al final del siglo XX. Así, se muestra la dinámica de la formación del sistema partidario, de ahí la importancia dada al contexto para comprender el nacimiento de cada una de las tres generaciones. Se demuestra, de esta manera, que es la última generación la que presenta cambios significativos respecto de la actitud positiva hacia la democracia.

[Palabras clave] Partidos políticos, Sistema de partidos, Bolivia, democracia.

[Title] Origins of the Bolivian Party System: the Three Generations of the Twentieth Century Party

[Abstract] A general overview is provided together with a historical, sociological and political analysis of the formation of the Bolivian party system as from the 1930's. The article argues that there are three generations, the first is born after the Chaco War, the second develops in the 1970's and the third appears at the end of the twentieth century. Thus, it shows the dynamics of party system formation, and thence the importance given to context in understanding the birth of each of the three generations. It is demonstrated that it is the last generation which produces significant changes in respect to the positive attitude towards democracy.

[Keyword] Political parties, party system, Bolivia, democracy.

ROMERO BALLIVIÁN, Salvador. «En los orígenes del sistema de partidos boliviano: las tres generaciones partidarias del siglo XX». En: ELECCIONES, 2010, enero-diciembre, v. 9, n.º 10, pp. 141-179.

[Recibido] 29/07/10& [Aceptado] 15/10/10

## INTRODUCCIÓN

Sólo desde finales del siglo xx la historia de los partidos políticos bolivianos se confunde con la creación de organizaciones sometidas a minuciosos procedimientos verificados por un organismo electoral, asistencia a cordiales debates entre candidatos y disputas electorales resueltas en marcos institucionales previsibles. Durante la mayor parte de ese siglo, los partidos nacieron en condiciones harto diferentes: unos en el exilio, otros en la clandestinidad, algunos proponiendo la revolución, los demás sin temores a involucrarse en la aventura del golpe de Estado. Los partidos son hijos de sus tiempos, los moldea la coyuntura en la que nacen y luego ellos mismos contribuyen a definir los cursos de la historia.

Este artículo busca ofrecer una mirada de conjunto y de carácter histórico, sociológico y político sobre la formación del sistema de partidos boliviano. Analiza cómo surgieron las tres generaciones de partidos del siglo xx, excluyendo la fase liberal, cuyo gobierno comienza en las postrimerías del siglo xix (1899-1920) y cuya filosofía se enraíza en la época decimonónica, así como la republicana que fue la principal rama disidente del liberalismo (1920-1935). La primera nace luego de la Guerra del Chaco (1932-1935), la segunda se desarrolla en los años setenta en tanto que la última surge en el final del siglo xx. El texto privilegia el estudio de las condiciones de nacimiento de las generaciones partidarias más que la evolución o las especificidades de los partidos. La revisión de los partidos no es exhaustiva pues el objetivo es, más bien, centrarse en la dinámica de la formación del sistema partidario.

Antes de ingresar en el análisis del caso boliviano, se expondrán de manera somera algunas bases teóricas para comprender la génesis de las generaciones de partidos. En su clásica obra sobre los partidos, Maurice Duverger observaba que aunque la competencia política no se reduce al bipartidismo, muchas veces puede distinguirse un dualismo de tendencias y que las soluciones intermedias tienden a adherirse a una u otra corriente (1992: 381-557). Al mismo tiempo, afirmaba que las oposiciones dualistas entrecruzadas pueden provocar el nacimiento de un sistema multipartidista, con aún más facilidad si las reglas de juego son proporcionales. Esta intuición fue explotada primero en los trabajos de Seymour M. Lipset y Stein Rokkan y después en los de Daniel-Louis Seiler que propusieron un enfoque multidimensional para explicar el nacimiento de formaciones políticas a partir de cuatro líneas

de fractura dependientes a su turno de dos revoluciones: la nacional y la industrial (LIPSET & ROKKAN 1990, SEILER 2003).

La revolución nacional, vale decir el proceso de construcción de un Estado central fuerte, dueño del monopolio de la violencia legítima —para retomar la expresión de Max Weber— del cobro de los impuestos de acuerdo con Norbert Elias y de la instrucción en una alta cultura, según Ernest Gellner (1988), crea dos conflictos. El primero opone el centro edificador de una cultura nacional estándar a las poblaciones periféricas, entendiéndose por ello el hecho de que presentan rasgos culturales, religiosos o lingüísticos distintos de los dominantes en el nuevo poder o por su situación desfavorecida en el nuevo Estado. El segundo enfrenta al Estado con los privilegios corporativos o patrimoniales de la Iglesia católica (la situación tiende a diferir en los países protestantes, donde la Iglesia y el Estado pueden establecer alianzas sólidas o, por el contrario, donde predomina la multiplicidad de cultos). La defensa de estos cuatro polos da lugar a cuatro tipos de partidos: los nacionalistas favorables al Estado centralizado y promotores de la homogeneidad; las formaciones regionalistas, federalistas o representativas de las culturas minoritarias que les resisten; las organizaciones defensoras de la Iglesia, su doctrina o sus valores y, por último, los partidos que privilegian una concepción laica de la vida política, social y económica.

A estas oposiciones se suman las dos funcionales nacidas de la revolución industrial que dio lugar al crecimiento urbano y al proletariado. Dos líneas de conflicto surgen. Una opone los intereses del mundo rural, desplazado y debilitado frente a las exigencias de la ciudad y la industria. La otra, más difundida, enfrenta a los obreros, los asalariados, los grupos desposeídos, contra la burguesía. Estos polos dan lugar a los partidos agrarios que no tienen un contrapeso específico en partidos de sesgo «urbano», a las organizaciones conservadoras próximas a la burguesía y a los partidos socialistas (el lugar de los partidos comunistas genera un debate entre quienes consideran que son sólo una variante de las corrientes socialistas y los que los señalan como una categoría aparte dentro de esta tipología).

Los principios de estos modelos explicativos ayudan a comprender el surgimiento de partidos en Bolivia aunque por supuesto no pueden aplicarse de manera mecánica, en parte porque en América Latina los conflictos sociales, étnicos o regionales no siempre se han reflejado de manera cabal en los siste-

mas de partidos (MAINWARING 1999). Salvando esa observación de talla, esos trabajos brindan la hipótesis de que una profunda tensión, un conflicto de magnitud en el proceso de cambio de una sociedad donde el juego político se canaliza a través de procesos electorales, puede dar lugar al nacimiento de partidos —política y socialmente relevantes— capaces de implantarse en el electorado y en los grupos sociales, tejer lazos privilegiados con ciertos sectores, perdurar en el tiempo y estructurar un sistema de partidos.

La contraposición de intereses y de visiones sobre la manera de enfrentar esa crisis, esos graves dilemas, esos problemas mayores, constituye el substrato sobre el cual nacen los partidos, frecuentemente con ideologías diferentes. Las generaciones de partidos no se reemplazan las unas a las otras, aunque la aparición de una nueva línea de ruptura social, económica o política coloque en aprietos a una organización que ve desplazadas sus preocupaciones del escenario político: la única manera de sobrevivir cuando las preguntas centrales han cambiado es actualizando los temas fundadores u ocupando un espacio en las nuevas vertientes del debate. Conviene subrayar que un partido puede quedar atravesado por fracturas ajenas a las que les dieron origen o apropiarse de temas inexistentes en el momento de su creación.

## **1. PROLEGÓMENOS A LA PRIMERA GENERACIÓN**

Con la fundación de las repúblicas, América Latina proclamó la soberanía popular como principio de legitimación del poder e hizo de las elecciones el instrumento de asignación del poder pero, a la vez, fue infiel a su propio ideal, alimentando su historia con golpes de Estado, guerras civiles, rebeliones, elecciones fraudulentas. En esas décadas primeras y hasta entrada la segunda mitad del siglo XIX, a pesar de los comicios, la política no se organizó alrededor de partidos, inexistentes u opacados por el caudillismo, heredado en parte de la descomposición del Estado español, por la prolongada guerra que socavó las bases de una administración civil regular, la debilidad consiguiente de las autoridades centrales y la concentración del poder social. Ante la fragilidad institucional, surge el caudillo, bárbaro o letrado para recuperar los términos del historiador Alcides Arguedas. Se encarama o se mantiene en el poder aquel que controla el poder militar, anuda las más sólidas redes de lealtad personal y reprime a sus adversarios.

Luego de la Guerra del Pacífico contra Chile (1879), a la par que se consolidaba un empresariado minero dedicado a la explotación y la exportación de la plata, se formó en Bolivia el primer sistema partidario dotado de estabilidad, conformado alrededor de dos polos: el conservador y el liberal. Nacido en Europa, ese esquema se difundió en América Latina durante la segunda mitad del siglo XIX. Ambas corrientes se dividieron sobre la política que debía tenerse ante Chile: buscar un acuerdo, como proponían los conservadores o proseguir la guerra junto con el Perú, como instaban los liberales. A esa oposición se añadieron otras, que expresaban visiones diferentes de la sociedad como el lugar que debía ocupar la Iglesia, la actitud hacia nuevas corrientes de pensamiento como el positivismo o inclusive rivalidades regionales. Hubo también elementos compartidos: la primacía del poder civil y la exclusión de los militares del Poder Ejecutivo, la creación de un Estado moderno y centralizado, la inserción en el mercado internacional a través de la exportación de materias primas y un juego político apegado a ciertas normas (MALLOY 1989: 15-95). Entre esos principios destacaba la celebración de elecciones periódicas, aunque restringidas a las categorías más favorecidas, como era común en los países europeos y americanos donde se votaba, y pocas veces abiertas a la alternancia con la oposición.

El sistema bipartidista sobrevivió al derrocamiento del Partido Conservador en la denominada «guerra federal» (1899), pues las alas disidentes del liberalismo y los restos del conservadurismo fundaron el Partido Republicano para oponerse al Partido Liberal encabezado por el presidente Ismael Montes (1904-1909; 1913-1917).<sup>1</sup> Sin embargo, como señaló Alain Rouquié (1987), esta construcción institucional de las «repúblicas oligárquicas» latinoamericanas comenzó a resquebrajarse en la década de 1920 cuando crecieron las demandas para ampliar el juego político. Ferrovianos, mineros y algunos sectores artesanales organizaron los primeros sindicatos que exigieron derechos sociales y políticos; aparecieron las ideas socialistas, con un vigor superior al que era dable esperar atendiendo el escaso desarrollo industrial del país (DI TELLA 1993: 60), inspirados por la reforma de Córdoba-Argentina, los universitarios irrumpieron con nuevas propuestas mientras que la creación del Partido Nacionalista a cargo del presidente Hernando Siles (1925-1930) abrió espacio para jóvenes intelectuales ajenos al liberalismo clásico.

---

<sup>1</sup> Para un estudio del Partido Republicano y de su fundador Daniel Salamanca, cfr. David Alvéstequi, *Salamanca...* (1957-1970).

## 2. LA PRIMERA GENERACIÓN: EL DEBATE SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD POSLIBERAL

Las evoluciones descritas recuerdan los procesos conocidos por otras repúblicas latinoamericanas en las primeras décadas del siglo XX. El peso de los acontecimientos internacionales no debe subestimarse: las transformaciones mundiales impactaron en las ideas, las creencias, las prácticas y los comportamientos de los actores políticos bolivianos.

De todos esos eventos debe rescatarse primero el triunfo de la Revolución soviética en 1917. Ella impuso el primer régimen moderno alternativo a la democracia «formal» o «burguesa», constituyó la promesa de un mundo más justo y fraterno, además de acelerar la difusión del pensamiento marxista y favorecer la organización de formaciones comunistas en todo el mundo, acorde con la vocación universal del proyecto revolucionario soviético. Como lo apuntó Eric Hobsbawm, para millones de jóvenes «[...] la Revolución de Octubre representaba la esperanza del mundo» (2003:62). Después, la crisis económica de 1929 representó, por sus alcances globales, un duro golpe para el capitalismo: frente al alza del desempleo, la contracción de la economía y la reducción del comercio internacional, se criticó la idea de un mercado capaz de alcanzar por sí mismo la prosperidad, más aún dado que de los grandes países sólo la Unión Soviética parecía sortear indemne a la crisis y, además, industrializar una sociedad fundamentalmente agraria. Se impuso la convicción de que el Estado debía ser un actor económico y social de primer orden, ya sea mediante el control completo de la economía, como en el modelo comunista, o a través de intervenciones complementarias a la de los agentes privados, de acuerdo con los postulados de la teoría y práctica keynesiana. En 1933, la llegada al poder en Alemania de Adolfo Hitler ganó simpatías en los círculos desilusionados por el ritmo cansino de la democracia y sus pequeños acomodos: si bien el nazismo exaltaba la superioridad de la raza aria, el modelo de una intensa y permanente movilización popular dirigida por un Estado autoritario, jerarquizado, anticomunista, capaz de imponer su voluntad a la sociedad sedujo más allá de Alemania. Finalmente, en América Latina surgieron corrientes políticas que hicieron del nacionalismo y de la justicia social su principal bandera y desearon fortalecer al Estado como rector de la sociedad y principal impulsor de la modernización. La revolución mexicana y su

Constitución social, junto con la fundación del APRA en Perú constituyeron los puntos salientes de la puesta en marcha de un modelo nacional-popular latinoamericano, a menudo autoritario pero social y políticamente incluyente y flexible (GÓMEZ TAGLE 2007: 150-151).

Todos estos procesos convergieron en la misma dirección: a escala mundial pusieron a la defensiva al liberalismo político y económico. El primero, encarnado por la democracia, pareció acorralado y perdió terreno ante modelos autoritarios o totalitarios. Éstos afirmaban haber cerrado el ciclo y superado al régimen representativo, y se diferenciaban del absolutismo tradicional por su unipartidismo que correspondía a una sociedad modernizada y politizada (SARTORI 2005: 69-74). El segundo, el libre juego del capitalismo, pareció menos eficaz que el Estado para promover el desarrollo económico y asegurar el bienestar social de la población.

En Bolivia, el liberalismo también ingresó en crisis. Sobre la base común descrita, siguió una trayectoria particular ligada a los efectos de la Guerra del Chaco (1932-1935). Sus efectos fueron considerables, pues como la primera Guerra Mundial para los países europeos, ella tuvo un carácter «democrático» e «industrial», afectando a todos los grupos sociales y dejando un saldo elevadamente trágico de víctimas (cfr. FURET 1995: 52-57). Aunque el sistema político permanecía restringido, el Estado movilizó a todos los hombres, exaltó a los combatientes en nombre de la nación y ésta fue vencida. La frustración preparó un terreno fértil para mensajes democráticos, socialistas, nacionalistas y radicales. El fracaso militar enterró un armazón partidario y una estructura institucional que en otros países, como Colombia, se mantuvo por acuerdos internos u ofreciendo concesiones a las nuevas fuerzas: en Bolivia, las nuevas fuerzas eliminaron a los partidos prebélicos. La derrota reveló las insuficiencias del orden establecido, de orientación liberal.

La guerra engendró en los combatientes el sentimiento de que la estructura del país, caracterizada por la concentración del poder económico, la estrechez del juego sociopolítico, las restricciones para las organizaciones proletarias, el aislamiento del campesinado sometido a dominaciones arcaicas, el desigual desarrollo regional, requería profundas transformaciones.<sup>2</sup> La manera de resolver

---

<sup>2</sup> Para una visión de conjunto de las sensibilidades políticas de la época, cfr. KLEIN 1968.

las limitaciones de la sociedad liberal constituyó la cuestión central alrededor de la cual se formó la primera generación de partidos del siglo XX.

Por supuesto, la formación de una generación partidaria no es inmediata: los líderes de las que serán las nuevas formaciones prueban distintas fórmulas, los grandes debates toman cierto tiempo en cristalizarse, los partidos existentes intentan acomodarse a las nuevas exigencias. Es casi una década que cubre el tiempo de instalación de una generación partidaria. Además, la historia tiende a retener sólo los nombres de los partidos y de los líderes exitosos, relegando al recuerdo los intentos que quedaron a medio camino o los dirigentes que no consiguieron afianzarse en el plano nacional.

Incluso en el caso de la primera generación, los ensayos iniciales de quiebre con el régimen liberal no provinieron de los civiles, aún desorganizados y tanteando sobre cuál era la mejor manera de participar, sino de los militares. Si bien carecían de una orientación única y definida nítidamente, los gobiernos del «socialismo militar» de David Toro y Germán Busch (1936-1939) marcaron la primera ruptura con el liberalismo. Se alzó el tono contra los empresarios mineros, se nacionalizó la industria petrolera, se creó Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) y en 1938, durante el gobierno de Germán Busch, se convocó a la Asamblea Constituyente. Abierta con un tono de ruptura con el liberalismo (BARRAGÁN 2005: 359-371), en ella participaron políticos que luego jugarían un papel importante en la fundación de la primera generación de partidos. En su seno se discutió sobre la reforma agraria o el sufragio universal, y aunque no se adoptaron esos elementos, la nueva Constitución se abrió al constitucionalismo social que fijó la matriz constitucional del país hasta principios del siglo XXI. Si bien los jóvenes civiles no desdeñaron colaborar con los regímenes militares, decidieron finalmente crear sus propios instrumentos políticos que respondiesen cabalmente a sus aspiraciones.

En el transcurso de este proceso se produjo un cuadro bastante típico: los partidos denominados por los recién llegados como «tradicionales», es decir, aquellos que ya ocupaban el escenario, se debilitan, pierden apoyo social, intentan unirse, superando sus antiguas rencillas, para defenderse ante la ofensiva de las nuevas organizaciones. Aquello sucedió con los partidos Liberal y Republicano, que además perdieron a sus principales figuras en muy corto tiempo (I. Montes murió en 1933, D. Salamanca en 1935, J. L. Tejada en 1938, B.

Saavedra en 1939, H. Siles en 1942) sin lograr reemplazarlas de manera exitosa en un contexto que les era adverso. Parte de la dificultad para asegurar un buen relevo es que los jóvenes más dinámicos y talentosos se comprometían con los nuevos proyectos y se apartaban de las formaciones tradicionales. Para la elección de 1940, liberales y republicanos establecieron la Concordancia que postuló a la Presidencia al general Enrique Peñaranda, mostrando que en sus propias filas ya no contaban con líderes descollantes, capaces de imponerse. La primera batalla se da entre esas organizaciones «tradicionales» y las recientemente creadas (en la presidencial de 1940, el rival de Peñaranda fue el catedrático marxista José A. Arze, jefe y candidato del Partido de la Izquierda Revolucionaria).

La propuesta de conservar el modelo hasta entonces aplicado o las tímidas concesiones al espíritu del tiempo (por ejemplo, los republicanos llamaron a su organización el Partido de la Unión Republicana y Socialista) alejó progresivamente del liberalismo y del republicanismo a sus bases políticas y sociales, aunque todavía pudo haber victorias electorales. En efecto, los grupos intermedios urbanos se decepcionaron con el estancamiento socioeconómico de la guerra, con las insuficiencias de las élites durante el conflicto bélico y aceptaron los vientos renovadores. Se convirtieron, junto con los mineros, en uno de los principales terrenos de proselitismo de los nuevos partidos que comulgaron en una retórica de regeneración nacional y de justicia social, mientras que ciertas tesis de la izquierda radical, como la reforma agraria o la nacionalización de las minas exigidas por Tristán Marof, extendieron su audiencia. La crisis de la sociedad liberal introdujo en el campo de lo posible ideas que quizá no habrían abandonado círculos reducidos y aislados sin el impacto de la derrota.

El debate sobre cómo dejar atrás la sociedad liberal dio lugar a dos respuestas: la marxista y la nacionalista. La primera fue defendida por dos organizaciones. Por un lado, el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR, 1940),<sup>3</sup> en el cual convergieron intelectuales marxistas, universitarios y sindicalistas bajo la batuta de José A. Arze y de su colaborador Ricardo Anaya. Por otro lado, el Partido Obrero Revolucionario (POR, 1938), fundado por José Aguirre G.

---

<sup>3</sup>

Las fechas de fundación de los partidos de la primera generación divergen según las fuentes, pues en la tensa evolución política posterior a la Guerra del Chaco una misma organización podía ser «fundada» varias veces, en el exilio, en el exterior y en el país, con unos dirigentes o con otros; además, a menudo un partido era el fruto de la convergencia de grupos hasta entonces autónomos. Para los fines de este trabajo, el dato exacto de la fundación es secundario.

y cuadros universitarios, tras la muerte de este líder en un accidente automovilístico, pasa a ser dirigido por Guillermo Lora, que se concentró en el proletariado minero. Ambos partidos adoptaron, asimismo, modelos organizativos de partidos comunistas, con la estructura de células y la expulsión para los disidentes de la línea central.

En paralelo se desarrolló una corriente nacionalista, promovida por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR, 1942), en el cual se reagruparon jóvenes intelectuales y políticos, varios provenientes de élites provinciales: Víctor Paz, Hernán Siles, Wálter Guevara, Juan Lechín, Carlos Montenegro, Augusto Céspedes, Ñuflo Chávez, entre otros.<sup>4</sup> También en esa vertiente se fundó Falange Socialista Boliviana (FSB, 1937) bajo la jefatura de Óscar Únzaga de la Vega, con una presencia de jóvenes políticos antimarxistas, muchos de ellos católicos.

La primera respuesta fue posible gracias a los cambios del contexto internacional que impulsaron las ideas marxistas. Independiente de las divergencias entre la línea moscovita, adoptada por el PIR, y la trotskista, asumida por el POR, las corrientes marxistas postularon una ruptura radical con el sistema liberal, fruto de la lucha de clases, planteando la instauración revolucionaria de una sociedad comunista. Ni la economía de mercado ni la democracia representativa figuraban como horizonte de estas organizaciones aunque, siguiendo la dialéctica marxista, se aceptasen fases intermedias antes de alcanzar el objetivo final.

El POR buscó convertirse en la vanguardia del proletariado, que a su vez debía imponer su dictadura. Trabajó intensamente con los mineros, que a pesar de su peso demográfico relativamente reducido se encontraban en el corazón de las actividades económicas estratégicas del país. Su mayor éxito fue la adopción por parte de la recién fundada Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) de la tesis de Pulacayo redactada por su jefe G. Lora (1946) y que se convirtió en el documento más famoso del sindicalismo boliviano (LAZARTE 2002: 1001-1002). Por su parte, las propuestas del PIR, la reforma agraria, la nacionalización de las minas y del ferrocarril, la planificación de las principales actividades económicas y la extensión del voto, sedujeron al movimiento obrero y ganaron espacio en capas medias, confirmando, al mismo tiempo, el hondo malestar con la situación de la posguerra. En sus

---

<sup>4</sup> Para una historia del MNR «desde adentro» y con voz militante, cfr. ANTEZANA 1984-1992.

primeros años, el PIR hizo campaña con temas que se plasmaron en la Revolución de 1952 pero cuya aplicación tradujo el espíritu de la corriente nacionalista, que debe ser vista de más cerca por su influencia en la historia nacional.

Para el ala nacionalista de la primera generación, el compromiso con el régimen representativo era débil, como demostró la participación del MNR en el golpe de Estado de Villarroel que derrocó al gobierno constitucional del general Peñaranda y manifiestas las dudas sobre las virtudes de una economía basada únicamente en la libre empresa, encarnada por los «barones del estaño» que controlaban las principales minas. Sin embargo, el ánimo de ruptura era menor que en las corrientes marxistas: la ambición pasaba más bien por la corrección de las estructuras tradicionales del país. Para este propósito, el MNR buscó una amplia alianza de clases que incluyese a los campesinos y los obreros bajo la conducción de la clase media; esa alianza era concebida como la de la «nación» contra la «antinación» o «rosca» que agrupaba a los «barones del estaño», los latifundistas y los pequeños sectores de la administración estatal que respondían a los intereses de este sector y del «imperialismo». Si el MNR adoptó al inicio un tono elitista, estatista y reformador, pronto se inclinó por fórmulas más radicales debido a la convergencia de dos grandes factores. Por un lado, comprendió que las iniciativas gubernamentales impuestas desde arriba podían tener una duración limitada por la reacción de las élites tradicionales, como probó el asesinato de Villarroel (1946). Para dotarse de una base más firme, se acercó a los trabajadores con una propuesta de cambio más enérgica. Por otro lado, el movimiento obrero, en particular minero, comprendió que la orientación de los gobiernos, aunque todos fuesen calificados como «burgueses» por los marxistas, tenía efectos muy diferentes sobre su calidad de vida y el respeto de sus derechos. Entonces, para mejorar sus condiciones de vida buscó un aliado político: el MNR (MALLOY 1989: 117-198).

Tras ser despojado de su triunfo en la presidencial de 1951, el MNR preparó su llegada a través del golpe de Estado pero el curso de los eventos, con la participación de mineros, obreros, policías y la derrota del ejército, tomó un rumbo revolucionario (1952). Con la conquista revolucionaria del poder, el MNR zanjó el debate de la primera generación de partidos: moldeó una sociedad distinta de la construida por el liberalismo y creó un Estado diferente. Este partido necesita

ser comprendido en un contexto más vasto, como una ilustración de los movimientos nacional-populares que constituyeron la expresión política más significativa de América Latina durante más de medio siglo (TOURAINÉ 1988).

En efecto, el proyecto y parte de las acciones gubernamentales del MNR se inscriben en un modelo que se caracterizó por el esfuerzo de incorporar las fuerzas y las demandas sociales dentro de un Estado que las controle, por ejemplo, organizando y tutelando los sindicatos campesinos u otorgando el sufragio universal pero encuadrando su práctica. Asimismo, este modelo suele incluir medidas de justicia social, siendo sin duda la más importante la reforma agraria en las tierras altas, o la defensa de los intereses populares, ilustrada en la aprobación de leyes de seguridad social. También incluye políticas desarrollistas, por ejemplo, con la multiplicación de las industrias públicas y el apoyo a la «burguesía nacional», creadoras de un Estado que permita superar las contradicciones y riesgos de fractura de la sociedad, y la búsqueda de la integración nacional (por ejemplo a través de la construcción del camino Cochabamba-Santa Cruz). La Revolución de 1952 fue considerada a la vez obra de la nación movilizadora y el punto de creación de esa misma nación: de ahí la importancia de la alfabetización en español, la exaltación del mestizaje para asegurar la homogeneidad nacional y la recuperación de las culturas precolombinas.

Los regímenes nacional-populares conducen con frecuencia a la coexistencia de objetivos modernizadores y nacionalistas, y a una ausencia de fronteras firmes entre el Estado, el sistema político dominado por un partido hegemónico y las fuerzas sociales. Las gestiones de Víctor Paz y de Hernán Siles, que cubren el período 1952-1964, ilustraron ampliamente este modelo que en Bolivia adquirió un aspecto original por la profundidad de los cambios que dejó la nacionalización de las minas, la reforma agraria, el sufragio universal, la difusión del español y la extensión de un sindicalismo unificado que nunca fue totalmente controlado por el MNR.

### **3. LA SEGUNDA GENERACIÓN: EL DEBATE SOBRE EL PAÍS POSREVOLUCIONARIO**

Los partidos de la primera generación dominaron el escenario político desde mediados de la década de 1940 hasta la apertura democrática a finales de los setenta, cuando se reanudaron los procesos electorales luego del período mi-

litar que comenzó en 1964. Impusieron los temas del debate político y social, acorralaron a liberales y republicanos que desaparecieron tras la revolución de 1952. La oposición a ese proceso ya no fue dirigida ni encarnada por los líderes de esos partidos que venían en declive desde el final de la Guerra del Chaco, carecían de bases en los grupos que accedieron al sufragio universal y vieron exiliadas a sus planas mayores.

Para el momento revolucionario, también el PIR había desaparecido como fuerza política relevante, desacreditado por su alianza con las fuerzas conservadoras para derrocar al gobierno progresista de Villarroel, reproduciendo en el plano local la coalición entre norteamericanos y soviéticos contra los países del Eje al considerar que Villarroel y el MNR tenían inclinaciones pro nazis. El partido fue abandonado por su ala más joven que fundó el Partido Comunista Boliviano (PCB) en vísperas de la Revolución de 1952: la militancia se dispersó y terminó cubriendo un muy amplio espectro de opciones políticas. Por su parte, el POR no logró extender su audiencia más allá de los núcleos activos del sindicalismo minero y de reducidos círculos intelectuales; aún más, la táctica seguida por muchos de sus cuadros del «entrismo» en el MNR victorioso lo privó de importantes líderes al tiempo que fortalecía al ala izquierda del nuevo partido gobernante (DUNKERLEY 1987: 78). Pese a ello, su papel en las jornadas revolucionarias de 1952 y después en otros momentos de extrema agitación, como la Asamblea Popular durante el gobierno de Juan J. Torres (1969-1970), le otorgan un papel singular en la historia del trotskismo internacional: dejando de lado el caso de Sri Lanka, ningún partido de esa línea tuvo tanta influencia en la historia política de su país como el POR en Bolivia, aunque el alcance de su poder terminó siendo más aparente que real (ALEXANDER 1991).

Por lo tanto, después del triunfo revolucionario quedaron frente a frente únicamente los dos partidos nacionalistas, el MNR y FSB, que en lugar de colaborar se opusieron con tenacidad: mientras el primero dirigía la revolución política y social, el segundo procuraba frenarla o revertirla, denunciando el peligro comunista que implicarían las medidas. En una dinámica dramática, los intentos de FSB por deponer al MNR a través de golpes de Estado o de acciones desestabilizadoras tuvieron su contrapartida en la dura represión a los falangistas que culminó con la muerte, en circunstancias aún no esclarecidas, del jefe de FSB, Únzaga de la Vega (1959).

Por la fuerza de la Revolución de 1952, las decisiones sobre cómo cambiar las estructuras liberales no se produjeron como fruto de un debate entre las organizaciones de la primera generación con los partidarios del antiguo orden, tampoco como producto de una discusión o de un conflicto entre los partidos nuevos: se dio en el seno del MNR, convertido en el partido hegemónico en una situación revolucionaria. Si algunas medidas eran objeto de un amplio consenso, como la nacionalización de las minas, otras dieron lugar a cerradas disputas, como la reforma agraria, alentada por el ala izquierda con el apoyo de la recién creada Central Obrera Boliviana (COB, 1952) que reagrupaba a todos los sindicatos, y resistida por el sector de derecha. Con milicias obrero-campesinas armadas, el ejército vencido y un ambiente de efervescencia revolucionaria, el ala derecha quedó inicialmente a la defensiva pero luego el sector de izquierda fue contenido con el acercamiento del régimen a los Estados Unidos, la vigilancia sobre el sindicalismo minero que nunca llegó a ser controlado por completo y la necesidad de aplicar medidas para controlar la inflación (plan Eder en el gobierno de Siles, 1956). Triunfó finalmente un enfoque desarrollista, proseguido por los gobiernos militares a partir de 1964.

Sin embargo no fue la rispidez de las discusiones sobre las líneas a seguir lo que debilitó al MNR, sino las rivalidades por el liderazgo que primero dieron lugar a la multiplicación de facciones y luego a rupturas (cfr. LAVAUD 1998). La primera escisión de consideración se produjo con la ruptura de W. Guevara, que vio frustradas sus ambiciones de ser el candidato presidencial en 1960 y fundó el Partido Revolucionario Auténtico (PRA, originalmente denominado MNR-Auténtico, MNR-A). En los comicios de 1960, Guevara desplazó a FSB como segunda fuerza política. Las orientaciones del segundo gobierno de V. Paz, poco dispuestas a las concesiones con el movimiento obrero, así como su decisión de buscar la reelección en 1964, terminaron en el alejamiento de su vicepresidente y máximo dirigente de la COB, J. Lechín, fundador del Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN) y de H. Siles que organizó más tarde el MNR-Izquierda (MNR-I), reagrupando a los colaboradores de su presidencia y a la segunda generación del partido, que recién accedía a puestos relevantes cuando se produjo el derrocamiento del MNR. La reelección del MNR en 1964 se consiguió en un ambiente de pérdida de legitimidad, con un partido fracturado y cuyas divisiones se extendieron al sindicalismo campesino, distanciado del sindicalismo minero, cada vez más resistido por las clases

medias urbanas que habían pagado los costos de la revolución y que ya en los comicios de 1956 mostraron su simpatía por FSB (KLEIN 1987: 288-289). Esas condiciones facilitaron el derrocamiento del recién reelegido V. Paz por parte de su vicepresidente, el general René Barrientos (1964): V. Paz creyó que la inclusión de los militares en su esquema de gobierno lo protegería de las acciones de la multiforme oposición... Bolivia se añadió a la larga de lista de países latinoamericanos gobernados por militares en los años sesenta.

Como sucedió con la primera generación, la segunda también quedó marcada por las transformaciones internacionales. Entre los principales eventos destaca la Guerra Fría, que opuso los Estados Unidos a la Unión Soviética desde el final de la II Guerra Mundial. La gran mayoría de los países y de los partidos se alineó con uno de los dos países, de concepciones ideológicas contrapuestas. En América Latina, esa rivalidad se agudizó después del triunfo de Fidel Castro en Cuba, que estableció el primer régimen comunista de la región, con una fuerte repercusión en amplios sectores de la juventud latinoamericana —e incluso de más allá—, que admiró una epopeya dirigida por un líder mezcla «de Prometeo y de David» (DEBRAY 1999:111). Aunque su impacto en asuntos políticos fue menos inmediato, directo y automático, las rebeliones estudiantiles de 1968 en Europa continental o Norteamérica constituyeron un aliciente para que la juventud universitaria de otros países se involucre en política, a menudo promoviendo nuevas ideas que desafiaban el orden establecido, en economía (con una crítica al capitalismo, por razones económicas o culturales), cultura (cuestionando formas de dominio autoritarias o tradicionales, así como el estilo de vida convencional de la burguesía), política (con la denuncia de los límites de la democracia representativa) o en el área del saber, al amparo de nuevas concepciones en sociología, antropología, etc. Estas tensiones tuvieron repercusiones directas e importantes para la política en muchos Estados, en los cuales se desarrollaron guerrillas, a menudo adscritas a alguna de las variantes del comunismo, o golpes de Estado conservadores. Ni siquiera los partidos escaparon a esas tensiones: en las organizaciones latinoamericanas, las alas radicales cobraban fuerza o se desprendían fracciones disconformes con la moderación de las direcciones (DI TELLA 1993: 201-244). Significativas escisiones quebraron a los partidos comunistas —con desprendimientos maoístas—, a los demócrata-cristianos —como sucedió con el alejamiento de alas jóvenes como en El Salvador— o a los nacionalistas —como ocurrió con los montoneros— que rompieron con el justicialis-

mo argentino. Sin embargo, las disputas de la Guerra Fría no impidieron que la economía mundial conociese casi tres décadas de ininterrumpido crecimiento, con una confianza en el papel del sector público en asuntos socioeconómicos: el Estado de bienestar se convirtió en una aspiración y la propiedad estatal de las empresas una situación corriente. Por su parte, la Iglesia católica lanzó una profunda renovación. Con el Concilio Vaticano II (1962-1965) se modernizó para adaptarse a los tiempos y en su seno se impuso un compromiso con opciones de justicia social y con los pobres. Esa preferencia encontró un extenso eco en América Latina, donde se desarrolló una de las concepciones radicales de esta inclinación gracias a la «Teología de la Liberación».

La segunda generación nació en un clima de paroxismo político y social, interno y externo. El triunfo de la Revolución cubana (1959) despertó la expectativa de tener regímenes comunistas en América, alentó la radicalización de formaciones ya existentes y dio legitimidad a la opción guerrillera o a la insurrección armada de las masas (como propusieron importantes corrientes del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria). En contrapartida, los norteamericanos apostaron por gobiernos militares conservadores para prevenir la extensión comunista. Ese ambiente externo se tradujo en Bolivia en las cortas y fracasadas guerrillas de Nancahuazú, dirigida por Ernesto Ché Guevara y Teoponte, protagonizadas por militantes marxistas y cristianos; en el desbordado gobierno de Juan José Torres (1970-1971), apoyado y a la vez criticado por la izquierda radical, y la represión que siguió la instalación del régimen de Hugo Banzer, respaldado por los empresarios, los Estados Unidos y, en su fase inicial, por el MNR y FSB (1971-1978). A principios de los años 1970, la gran mayoría de los actores políticos compartía una visión que justificaba el uso de la fuerza y de la violencia para decidir el destino del poder (CHÁVEZ & PEÑARANDA 1992: 11-70). Cada campo se convenció de que el adversario debía ser reprimido, descartando cualquier convivencia bajo los principios de la tolerancia o el pluralismo. Los proyectos globales de transformación y de redistribución del poder político y económico agravaron la intensidad de la oposición durante el gobierno autoritario de Banzer y complicaron la transición, pues los partidos desconfiaban de los pactos y acuerdos con sus adversarios.

Si la primera generación partidaria nació para responder a la crisis de la sociedad liberal, la segunda aceptó las líneas maestras impuestas por los gobiernos

del MNR y debatió sobre el curso que debía seguir el país, remodelado por la Revolución de 1952. En efecto, ninguna organización cuestionó el principio de la nacionalización de las minas, la reforma agraria, el sufragio universal o la alfabetización, aunque sí criticaron la forma cómo se llevaron adelante esos procesos y propusieron nuevos rumbos. La segunda generación de partidos del siglo XX situó sus ideas y sus prácticas en un cuadro posrevolucionario: reflexionó sobre el país construido por la revolución, considerada a la vez un acontecimiento que sentó nuevas bases y un momento pasado. La hora llegó para criticar, profundizar o modernizar la tarea comenzada en 1952.

La Revolución de 1952 formuló promesas generosas, enarboló los valores de la igualdad, la justicia social, la liberación nacional y el progreso. Quedó atrapada, al igual que la mayoría de las revoluciones, en la tensión entre su movimiento y sus principios, su dinamismo y su legitimidad, su inspiración y su deseo de institucionalizarse; también, como la Revolución francesa, erigió a la Revolución menos en el paso de un mundo al otro que en una cultura política indisociable de la democracia (FURET 1995: 17-48). La segunda generación de partidos le exigió cuentas por la brecha entre el ideal y la realidad, por el incumplimiento de las promesas. Desde la izquierda, la juzgaron insuficiente e incompleta, aún distante de la nación libre y justa, del hombre auténticamente liberado. El katarismo denunció la ilusión del mejoramiento de la condición campesina: el hombre del campo, señaló, quedó atrapado por otros mecanismos de control orquestados por un poder político asentado en las ciudades. Aunque se hizo discreta por temor a una nueva oleada de cambios, la derecha ofreció un crecimiento acelerado sobre la base de un extenso sector público, manejado con parámetros técnicos, un vigoroso sector privado y pocas concesiones a los sindicatos.

Si cada generación comparte rasgos comunes, que corresponden al espíritu del tiempo que viven, el acento se coloca sobre todo en las respuestas divergentes para los mismos problemas. Ya se esbozaron las tres corrientes que componen la segunda generación. En la izquierda se consolidaron dos formaciones que encontraron inspiración en las nuevas lecturas del marxismo, dirigidas por una pléyade de jóvenes intelectuales, muchos de ellos formados en el exterior en la década de los sesenta (lo que constituía una significativa novedad en el país e hizo aún más directo el impacto de los cambios internacionales).

El Partido Socialista (PS, 1971) fundado por Marcelo Quiroga Santa Cruz y Guillermo Aponte, reunió a intelectuales socialistas, a menudo provenientes de sectores favorecidos, y algunos líderes sindicales —ROMERO BALLIVIÁN 2009a— (en la apertura democrática, Quiroga Santa Cruz y Aponte divergieron y el primero organizó el PS-1 que alcanzó la mayor notoriedad, la posteridad más fuerte y tras su asesinato en el golpe de Estado de 1980 se convirtió en uno de los iconos de la democracia boliviana). El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR, 1971) agrupó igualmente a intelectuales marxistas, pero tuvo como columna vertebral a la radicalizada juventud demócrata-cristiana que rompió con un partido juzgado conservador y timorato y abrazó una justicia social de inspiración cristiana. Zanjadas sus primeras disensiones, quedó bajo la conducción de Jaime Paz, Antonio Aranibar y Oscar Eíd. Para estos partidos, el destino de Bolivia pasaba por la modernización que implicaba la centralización de las decisiones en un Estado planificador, la urbanización, la industrialización y la consiguiente formación de un proletariado disciplinado, militante, combativo. El horizonte era socialista, superando la fase del nacionalismo-revolucionario, controlado por una clase media ligada a la burguesía: en palabras de René Zavaleta, ya distanciado del MNR, en el proyecto de 1952 «por debajo de una presentación etapista de la revolución, exornada con cierta jerga marxista, se revelaban finalidades históricas que eran específicamente burguesas» (1974: 81). En línea con esos diagnósticos, el PS proclamó que el «pueblo boliviano no tiene otra posibilidad de desarrollo histórico hacia adelante que no sea socialista ni otra vía que no sea la revolución». A principios de la transición democrática, luego de no pocos conflictos internos, el MIR se distanció de las tesis más socialistas para reconocer la influencia del nacionalismo revolucionario en la formación de la Bolivia contemporánea y apostó a lograr un «entronque histórico».

La derecha asumió el balance del gobierno autoritario de Banzer y, en la apertura democrática, se consolidó alrededor de Acción Democrática Nacionalista (ADN, 1979) que reunió a los cuadros que acompañaron a Banzer (Guillermo Fortún, Franz Ondarza, Mario Rolón y otros). El partido se inscribió en las líneas trabajadas en el septenio autoritario. Su programa desarrollista de crecimiento económico ordenado y rápido, desprovisto de cualquier utopía revolucionaria, reivindicaba paradójicamente una filiación con la revolución de 1952 pero sin sus componentes de movilización popular, sospechosa de guiarse por el marxismo. El Estado ocupaba un lugar central y su gestión gerencial de

la sociedad debía ampliar las clases medias urbanas, consolidar el impulso de las regiones orientales y fortalecer el empresariado, que muchas veces podía tener lazos estrechos con el sector público.

A contramano, el katarismo, que tomó su nombre de Tupac Katari, el líder que se sublevó contra el poder español a finales del siglo XVIII en las tierras altas, se distinguió de la izquierda y de la derecha porque en nombre de los valores colectivos de las comunidades indígenas puso en tela de juicio el espíritu modernizador del proyecto que dirigió el MNR. Su originalidad radica en la reprobación que hizo el documento fundador de la corriente, el Manifiesto de Tiawanacu (1973), del «falso desarrollismo que se importa desde afuera» (HURTADO 1986: 303). El katarismo tuvo dos caras. Por un lado, contribuyó a destruir prácticas políticas de corte tradicional, al luchar y lograr un sindicalismo campesino independiente de la tutela estatal, reagrupado en la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) y al mismo tiempo se perfiló como un movimiento de defensa frente a los embates de las ideas modernizadoras, atacando al individualismo, percibido como disolvente de una mítica historia comunitaria, por ello criticó la distribución individual de la tierra. Por otro lado, muchos de sus cuadros pertenecieron a la primera generación de campesinos o hijos de campesinos que accedieron a estudios superiores, pero a la vez defendieron los privilegios de las organizaciones ancestrales frente a la autonomía creciente de los individuos.

El katarismo también puede comprenderse —a la luz de la teoría de Lipset y Rokkan— como una reacción cultural de la periferia frente a la pretensión del Estado de construir una nación homogénea con la alfabetización en español y la exaltación del mestizaje en el cual debían fundirse todas las identidades particulares, lo que socavaba las bases de la cultura de lengua aimara y, en menor grado, quechua (en Santa Cruz también se produjo una resistencia contra el «Centro» pero bajo otros principios, más regionalistas, con un carácter menos partidario que «cívico»: hasta iniciado el siglo XXI esa corriente no generó ningún partido relevante, pues el Movimiento Federalista Democrático de Carlos Valverde B. fracasó en su única presentación electoral, en 1993).

Si bien todo el katarismo compartió las mismas bases electorales, compuestas por un electorado campesino del altiplano y de inmigrantes urbanos recién asentados, no fue homogéneo. Por lo menos pueden distinguirse dos líneas:

una consideró que además de problemas culturales, Bolivia sufre graves dificultades socioeconómicas; otra estimó que la cuestión racial predomina sobre cualquier otra variable. A la primera pertenece el Movimiento Revolucionario Tupac Katari (MRTK, del cual luego se desprendió el MRTK - Liberación de Genaro Flores y de Víctor Hugo Cárdenas), dispuesto a encontrar acuerdos con la izquierda para encarar los problemas de pobreza y desigualdad. A la segunda, el Movimiento Indio Tupac Katari (MITKA), cuyos dirigentes Luciano Tapia y Constantino Lima, desestimaron cualquier entendimiento pues afirmaron que la lucha era entre «blancos» e «indios», no entre la izquierda y la derecha, nociones europeas. Inscrita en esta corriente está la fundación del Movimiento Indígena Pachacuti (MIP, 2000) a cargo de Felipe Quispe, candidato a diputado por el MITKA en las elecciones de la transición y máximo dirigente de la CSUTCB a principios del siglo XXI.

A pesar de que ciertas fracciones del katarismo se reconocieron con dificultad en ella, la segunda generación modificó las líneas de oposición e impuso la confrontación izquierda-derecha como cuadro principal para interpretar y ordenar el juego político. Los nuevos partidos de izquierda asumieron explícitamente su etiqueta y descalificaron a los líderes y organizaciones considerados de «derecha»; las formaciones acusadas de constituir la «derecha» nunca reivindicaron esa etiqueta, tendieron a denominarse «nacionalistas» e identificar a la izquierda con el extremismo. La polarización durante los gobiernos de Torres y de Banzer derivó en un enfrentamiento bipolar que diferenció de manera nítida a los dos campos. Esta fractura, solidificada a lo largo de los años setenta, dejó sentir su influencia durante el retorno a la democracia.

Esta línea era importante pero nunca alcanzó a convertirse en la organizadora de una nueva generación, ni siquiera en la rígida frontera que separó, por ejemplo, al sistema partidario chileno en dos bloques, la Concertación que reagrupó a los opositores a Pinochet y la derecha, ligada con el régimen militar. Sin duda, esa trayectoria divergente se explica porque en Bolivia el gobierno militar trabajó durante casi la mitad de su existencia con los dos partidos más grandes del período precedente (MNR y FSB), por un nivel de represión más bajo que evitó que los enfrentamientos posteriores tengan en la dictadura un ineludible punto de debate, por una duración menor y finalmente porque si bien ADN podía reivindicar la acción gubernamental de Banzer de entrada

aceptó el cuadro democrático e insistió en que el golpe de Estado había depuesto a otro gobierno de facto y que se justificaba por las condiciones de extrema polarización de aquella época.

Como lo hizo la primera generación, los nuevos partidos expresaron su voluntad de romper con las formaciones «tradicionales», acusadas de concentrar los vicios de la política y los males del país mientras que ellos se presentaron como el aire fresco de la renovación. Sin embargo, mientras que la primera terminó por eliminar a los partidos de raigambre liberal, la segunda no consiguió arrinconar a las organizaciones de la primera generación, en especial al MNR. En el retorno a la democracia, cuando ya se afianzaba la segunda generación, este partido contaba aún con los líderes más conocidos, con una estructura presente en todo el territorio nacional a la usanza de los partidos de masas y con una concepción nacional revolucionaria que guardaba una masiva aceptación popular (ZAVALETA 1983: 11-59).

Por supuesto, ello no disminuyó la intensidad de la batalla. En la izquierda, el PS y el MIR intentaron ocupar un espacio que estimaban vacío. Menospreciaron a los partidos marxistas de antiguo cuño, como el POR, el PCB o sus ramas disidentes, como los maoístas dirigidos por Óscar Zamora. Los consideraron débiles e incapaces para los proyectos revolucionarios y descalificaron al MNR, considerando que ya se había alineado con la derecha y el imperialismo al colaborar con el golpe de Estado de Banzer. Juzgaron disponibles las casillas de izquierda del escenario político. Por su parte, ADN decidió ocupar el espacio de FSB, aprovechando que el gobierno de Banzer cooptó a numerosos cuadros falangistas, que el electorado encontró en el nuevo partido una opción más viable y que FSB no había logrado reemplazar con éxito el liderazgo de Únzaga. En efecto, si el sucesor Mario Gutiérrez mantuvo al partido relativamente unido, no consiguió consolidarse: fue candidato presidencial en 1960 pero no en 1966, cuando el partido ofreció la candidatura al general Bernardino Bilbao, y en el retorno a la democracia acompañó como vicepresidente al general René Bernal. Finalmente, en nombre de valores culturales ignorados o despreciados, el katarismo buscó distender la fidelidad del campesinado altiplánico con el MNR, acusado de desvirtuar la reforma agraria y el sufragio universal; avanzó más allá, al descalificar a todos los grupos políticos, estimando que ninguno representó los intereses o los valores del campesinado.

En línea con lo señalado, la segunda generación quiso responder a los procesos de modernización del país, facilitados por la Revolución de 1952. El MIR, el PS y ADN creyeron que los partidos anteriores perdieron la capacidad para responder a los nuevos desafíos, en particular las expectativas de los consolidados y ampliados grupos urbanos medios que llegaban con mayores niveles de formación escolar y ambiciones, convencidos de la posibilidad y la utilidad de la planificación tecnocrática y la gestión gerencial de la vida social. Los discursos partidarios insistieron en el progreso basado en la competencia técnica, el recurso a la ciencia y el conocimiento. El desarrollo se conseguiría con un poder central firme, cuadros bien formados, capaces de usar racional y eficientemente los recursos del país, promoviendo la industrialización. De manera lógica, el reclutamiento de los dirigentes y de los apoyos sociales se dio principalmente en sectores urbanos: en las primeras elecciones, consiguieron el voto urbano en tanto que las ramas del movimientismo se disputaron el voto rural (ROMERO BALLIVIÁN 2003a). El katarismo también reflejó la modernización, esta vez en su vertiente rural. Tras la reforma agraria, la alfabetización, el sufragio universal, el mejoramiento de los caminos, los campesinos se encontraron mejor integrados en la vida nacional, con autonomía socioeconómica, y con una nueva élite, con estudios escolares y universitarios, familiarizada con la vida urbana pero aún víctima de prejuicios. La lucha por el sindicalismo independiente y el mejoramiento de las condiciones de vida en el respeto de las tradiciones constituyeron las prioridades del katarismo.

#### **4. LA PROLIFERACIÓN DE PARTIDOS DURANTE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA**

Cuando en el contexto de la tercera ola democratizadora los militares convocaron a elecciones en 1978, después de doce años sin comicios presidenciales, el retorno a los procesos electorales quedó marcado por la proliferación de partidos de todas las tendencias: decenas de organizaciones obtuvieron el reconocimiento de su personalidad jurídica en un trámite desprovisto de requisitos exigentes (cf. CÉSPEDES 1982: 63-69). Con excepción de ADN —partido incluido en la segunda generación— ninguna formación creada en la etapa 1978-1980 sobrevivió al asentamiento de la democracia representativa o dejó una huella relevante en la historia política del país. Este período no alcanzó para poner en el tapete un nuevo debate. En efecto, la democratización era considerada el retorno a una

tradición que, aunque imperfecta, era propia del país, pero no por ello valorada: en varias corrientes políticas, en especial de izquierda, predominaba una concepción instrumental de la democracia, concebida como un paso para alcanzar las verdaderas metas, mientras que en numerosos sectores de la derecha, se la miraba con recelo por el temor al desborde (PEÑARANDA 2004: 45-48).

Por lo tanto, el debate central seguía siendo el curso que correspondía adoptar una vez que ya se encontraban consolidadas todas las medidas de la revolución de 1952. La multiplicación de partidos generó inquietud en su momento y conviene ocuparse de ella, subrayando que no constituyó un rasgo inherente al sistema político boliviano sino una característica frecuente de las democracias renacientes después de una prolongada represión (COUFFIGNAL 1992 : 35). La liberalización del régimen de Banzer impulsó, en un ambiente de renovada tolerancia, el florecimiento de todos los matices de la paleta política.

La multiplicación de los partidos al concluir la década de 1970 se explicó por la descomposición del MNR luego de 1964, en menor medida por la desagregación de FSB y por la creación de formaciones de izquierda, ya sean nuevas o escindidas de los troncos trotskistas y pro soviéticos. La caída del gobierno de V. Paz y la dispersión del liderazgo movimientista fueron propicias para la creación de pequeñas capillas alrededor de dirigentes medios o regionales (Rubén Julio, Jorge Alderete, Luis Sandoval M., etc.) que se sumaron a las grandes rupturas protagonizadas antes por H. Siles, W. Guevara o J. Lechín. La compleja relación de los falangistas con los gobiernos militares, entre el apoyo y la oposición moderada, tampoco contribuyó a la cohesión partidaria: en 1979 existían las facciones de Gastón Moreira, Enrique Riveros, Mario Gutiérrez. La fundación de uno de esos partidos rara vez tenía como fin la participación directa en la elección, servía más bien para mejorar la posición negociadora en el armado de las grandes coaliciones que se dieron en el retorno a la democracia. Para muchos dirigentes medios, afirmar ser dirigentes nacionales de una sigla constituía un instrumento de negociación más eficaz para ingresar en las listas parlamentarias que presentarse de manera individual. La izquierda no escapó a la fragmentación: por desavenencias ideológicas o conflictos de liderazgo, del trotskismo surgieron múltiples formaciones, todas pequeñas; el comunismo de línea soviética sufrió las disidencias del maóismo; la «izquierda nacional», a medio camino entre el marxismo y la herencia de 1952, contaba con numerosas

expresiones. Estos movimientos se vieron impulsados por la ausencia de elecciones desde 1966 que impedía conocer el peso verdadero de cada uno de los grupos: en el mejor de los casos existían suposiciones.

El «laberinto político», para retomar la fórmula de Raúl Rivadeneira que hizo el largo inventario de las creaciones partidarias de ese período, no debe ocultar que ello no derivó en una multiplicación de las candidaturas presidenciales. En la fase 1978-1985, en independencia del número de partidos registrados ante la Corte Electoral, las candidaturas presidenciales oscilaron entre 9 y 18 —el récord, debido sobre todo a la descomposición de la UDP tras su fracasada gestión gubernamental. La atomización partidaria tampoco entrabó la concentración del voto en tres candidaturas: en 1979 y 1980, la Unión Democrática y Popular (UDP, amplia coalición de izquierda que reunió al MNRI, el MIR, el PCB y grupos menores) el MNR y ADN atrajeron entre  $\frac{2}{3}$  y  $\frac{3}{4}$  de los sufragios emitidos.

Con la progresiva consolidación de la democracia y el establecimiento de disposiciones reguladoras de la vida de las agrupaciones políticas para estructurar mejor el sistema de partidos (requisito de presentar firmas equivalentes al 2% de los votos válidos emitidos en la última elección para lograr la personalidad jurídica; barrera de 3% para acceder a diputaciones plurinominales y conservar la personalidad jurídica; obligación de devolver el costo de la impresión de la papeleta si no se obtiene 2% de los votos para conservar la sigla; financiamiento público, etc.), desaparecieron las formaciones menos representativas, obligadas a fundirse o aliarse en conjuntos políticos más vastos a menos que prefiriesen la desaparición en una última carrera electoral.

## **5. LA TERCERA GENERACIÓN DE PARTIDOS: HIJA DEL REDISEÑO DEL ESTADO**

La década de 1980 correspondió a un momento de profundos cambios en el mundo y en Bolivia. En efecto, luego de tres décadas de sostenido crecimiento económico mundial, el *shock* petrolero de 1973 quebró la dinámica. La primera reacción de los gobiernos europeos o norteamericanos fue aplicar las fórmulas keynesianas que tan buenos logros dieron en el pasado, pero esta vez los resultados decepcionaron. Ante ellos, rehicieron su aparición en el escenario intelectual las ideas económicas liberales para plantear que la reducción del

Estado y la iniciativa privada relanzarían el crecimiento. En 1979 y 1980 llegaron al gobierno inglés y estadounidense respectivamente Margaret Thatcher y Ronald Reagan con la bandera del liberalismo económico, la privatización y la apertura comercial, invirtiendo casi medio siglo de confianza en el Estado. Proclamaron que había que reducir la participación del Estado en las actividades socioeconómicas y cuando ella fuese indispensable era mejor que se diese de un modo subsidiario: inclusive muchos gobiernos de izquierda de la época tomaron sus distancias con el marxismo o el «colectivismo» (JOHNSON 1993: 744-745). La crisis petrolera de 1973 no tuvo únicamente impacto en las ideas, también generó un considerable flujo de recursos hacia las naciones petroleras que creó una importante liquidez que puso créditos fáciles a disposición de numerosos países en vías de desarrollo. Como la mayor parte de América Latina, Bolivia se endeudó a lo largo de la década de 1970. Al mismo tiempo, las condiciones políticas cambiaron. Si en el «siglo XX corto» (HOBSBAWM 1998), extendido desde la primera Guerra Mundial hasta el derrumbe de la Unión Soviética, la democracia compitió con otros regímenes por la legitimidad política, tras la caída del muro de Berlín en 1989 quedó como el único sistema aceptable. Podían existir gobiernos no democráticos, pero ellos carecían de legitimidad en el escenario internacional.

Por lo tanto, el liberalismo económico y, sobre todo, el político cerraron el siglo XX en posición ventajosa. En este sentido, Francis Fukuyama habló del «final de la Historia». Su éxito estuvo acompañado del triunfo del multiculturalismo, una sensibilidad que se desplegó desde Canadá y que exaltó la diversidad de culturas en la sociedad, criticó los intentos por homogeneizar a las poblaciones, afirmó la igual dignidad de todas las culturas. Como ocurrió con las generaciones anteriores, este conjunto de ideas y de creencias influyó sobre las convicciones y las prácticas de los partidos bolivianos.

En Bolivia, las evoluciones políticas, sociales y económicas se sucedieron a un ritmo vertiginoso desde el retorno a la democracia. El primer gobierno democrático, dirigido por la UDP, agobiado por la carga de la deuda externa, enfrentó una grave crisis económica cuya principal manifestación, la hiperinflación, alcanzó niveles raras veces vistos en tiempos de paz. El deterioro económico estuvo acompañado de constantes desórdenes sociales, de una gobernabilidad afectada por las divisiones de la UDP y la posición minoritaria de este

frente en el Congreso. La descomposición pareció señalar el final del modelo elaborado por la Revolución de 1952: el Estado demostró graves deficiencias para administrar las empresas públicas, que en su mayoría exhibieron números rojos, las organizaciones sociales ya no deseaban permanecer bajo tutela estatal, la hegemonía de un partido sobre el sistema político resultaba imposible. Los términos del debate que animó a la segunda generación se alteraron de manera profunda en un tiempo muy corto.

La crisis del modelo nacional revolucionario pudo haber dado lugar al surgimiento de una nueva generación de partidos que se hubiese articulado alrededor del debate de cómo reorganizar la relación entre el Estado, la sociedad, los ciudadanos. Sin embargo, hubo poco tiempo para ello: la elección de 1985 dio una amplia victoria a los partidos de la oposición, ADN y MNR, que establecieron el «Pacto por la democracia» que permitió al cuarto y último gobierno de V. Paz aplicar un severo, a la vez que exitoso, plan de control de la inflación que, además, y sobre todo, constituyó la base para un profundo rediseño del Estado en todos los campos.

En efecto, durante su administración y en la de sus sucesores, se redujo la participación del Estado en la economía, lo que pudo implicar el cierre de las minas públicas (gobierno de V. Paz, 1985), la privatización de las compañías pequeñas o medianas (gobierno de J. Paz, 1989) o la capitalización de las mayores empresas estatales con la participación de empresas extranjeras (gobierno de G. Sánchez de Lozada, 1993). El espíritu del cambio estuvo en consonancia con el restablecimiento del vigor del liberalismo en los países desarrollados y en otros países de América Latina. La desconfianza con el Estado central también pasó por un proceso de descentralización, importante hacia los municipios (Ley de Participación Popular, 1994), de envergadura menor hacia las prefecturas departamentales. Esa descentralización de recursos y competencias hacia el ámbito regional también satisfizo parte de las exigencias del regionalismo, uno de los movimientos sociales más relevantes de la historia del país, en particular de las zonas orientales (cfr. ROCA 1999). Alejado de una intervención directa en cuestiones económicas, el Estado central también dejó márgenes amplios para un juego libre de la sociedad.

En política, se abandonó progresivamente la concepción de la democracia que tenía la revolución de 1952 en la cual el carácter democrático de un gobier-

no se definía por el tipo de políticas públicas que adoptase: cuanto más favorables fuesen las medidas para los sectores populares o para el fortalecimiento del Estado, más democrático era considerado, con prescindencia de criterios ligados al ejercicio pleno de las libertades o al respeto del voto. Al finalizar el siglo XX, se impuso progresivamente una visión más procedimental de la democracia, como un conjunto de reglas para la alternancia pacífica en el poder, más allá del carácter de las medidas que adoptase un gobierno al aceptar que valores igualmente deseables puedan contraponerse (ROMERO BALLIVIÁN 2009b: 84-85). La limpieza de los comicios se convirtió en una prioridad y, como en el resto de América Latina, mejoró la calidad, la transparencia y la eficiencia de las elecciones (PNUD 2004: 75). La construcción de instituciones confiables se convirtió en uno de los mayores desafíos en el campo político. Esa concepción, dominante después del derrumbe del sistema soviético, exigía reglas equitativas para todos los actores, árbitros encargados de hacerlas cumplir, derechos y garantías individuales respetados. Por lo tanto, la democracia se entendía, sobre todo, en términos electorales: existía en la medida que hubiese elecciones regulares, limpias, competitivas, que reflejasen la existencia de las otras condiciones indispensables de un régimen representativo, como la libertad de asociación, de expresión, de inclusión de todos los adultos (cfr. DAHL 1998). De manera simultánea, fruto de la fragmentación del voto y de las mismas reglas electorales proporcionales, los gobiernos monocolors de la fase liberal, republicana o movimientista cedieron el paso a gobiernos de coalición que imprimieron el sello de la «democracia pactada» boliviana (MAYORGA 1993).

Finalmente, el Estado abandonó el esfuerzo de la Revolución de 1952 para construir una nación homogénea de mestizos. Con la reforma constitucional de 1994, que incluyó el carácter «multiétnico» del país, proclamó el multiculturalismo de la nación boliviana, valoró la diversidad de culturas existentes, aceptó que la educación incluyese perspectivas interculturales.

Fueron partidos ya existentes, provenientes de la primera y de la segunda generación, los que llevaron adelante esta profunda remodelación de la sociedad y del Estado. Para ello, dejaron de lado sus líneas anteriores: el MNR rompió con el nacionalismo revolucionario para identificarse con un proyecto de corte más liberal, favorable al sector empresarial, la inversión extranjera, la regulación más que la planificación económica, centrado en las exportaciones. En el trayecto

superó uno de los retos más difíciles de los partidos bolivianos, reemplazar el liderazgo de su jefe y fundador, V. Paz. Gonzalo Sánchez de Lozada se convirtió en el sucesor y desarrolló un estilo propio. ADN, siempre bajo la conducción de Banzer, se desligó de su visión proclive al capitalismo de Estado para impulsar igualmente una corriente liberal. Por último, el MIR continuó con su muda ideológica: en la transición a la democracia había descartado las vías socialistas para el «entronque histórico» con la Revolución de 1952, a finales de la década de 1980 insistió en el componente social dentro de la economía de mercado.

La tercera generación se formó alrededor de ese Estado en vías de recomposición. No se creó ninguna organización para defender el nuevo proyecto, de aquello se encargaron los partidos que a su vez recibieron el mote de «tradicionales», siguiendo con la costumbre vigente desde la primera generación de partidos. En primer lugar se señalarán los rasgos comunes y después las diferencias entre las alas que componen esta generación.

Para la tercera generación, la democracia representativa constituyó una evidencia: no concibió la llegada al poder sino a través de la vía electoral. Se trató de una ruptura fuerte con el pasado boliviano. En la primera y en la segunda generación, la elección constituía apenas uno de los medios para alcanzar el gobierno, útil si se presentaba la ocasión, dudoso dado el carácter poco transparente de los comicios, pálida frente a la gloria de la revolución. El MNR llegó al poder gracias a una revolución y le dio a esa acción credenciales de nobleza, aunque también insistió en que ella corregía la injusticia del desconocimiento de su triunfo electoral del año previo. Para las formaciones marxistas de las dos primeras generaciones, la revolución representaba la opción más legítima. El otro recurso era el tradicional golpe de Estado, con el cual estuvieron asociados el MNR en varias oportunidades, FSB que lo intentó en muchas ocasiones contra el MNR, ADN de una manera indirecta pues su jefe y fundador ejerció la presidencia gracias a un golpe de Estado... La revolución representaba un horizonte para corrientes de izquierda, el golpe de Estado constituía una tentación para las formaciones de derecha. En cambio, la tercera generación fue la primera que nació en un contexto democrático e inscribió sus acciones en ese marco. Se trataba, por lo tanto, de una respuesta a la evolución nacional y también al cambio de escenario mundial: desde 1989 no había modelo alternativo a la democracia y América Latina se esforzó para apartarse de su tradición

golpista. Sin embargo, si la democracia se enraizó, no siempre los gobiernos lograron afianzarse, y en varias oportunidades los presidentes se convirtieron en los «fusibles» de las crisis (cfr. PÉREZ-LIÑÁN 2009).

El segundo rasgo compartido provino de la dependencia de la figura de los jefes fundadores. Si es frecuente, y sin duda correcto, referirse al carácter caudillista de la cultura política boliviana o latinoamericana (MANSILLA 1997: 137-150), conviene indicar que en la primera y segunda generación la situación habitual fue que muchos hombres compitieron por el liderazgo de sus organizaciones y recién al cabo de algunos años se terminó decantando una jefatura indiscutible. Hasta en la presidencial de 1951, Víctor Paz sintió las dudas de algunos de sus conmlitones con su candidatura presidencial; en el MIR, el liderazgo de Jaime Paz enfrentó reiterados y duros cuestionamientos a su conducta «personalista» (CHÁVEZ & PEÑARANDA 1997: 120-121); en el movimiento katarista resultaron comunes las disputas por el liderazgo.

En cambio, en la tercera generación, el partido se creó alrededor de una personalidad que tenía, de entrada, el control de toda la organización, pues su poder no provenía de una paciente lucha por apropiarse del aparato sino de una fuente externa: la popularidad en los medios de comunicación de Carlos Palenque en el caso de CONDEPA, la conseguida en la gestión municipal por Manfred Reyes Villa en NFR, la fortuna de Max Fernández en UCS, etc. El poder partidario estaba centralizado y cualquier disidencia llevaba a la exclusión (ALENDA 2002). Aún más, todas las escisiones fracasaron: las varias disidencias de CONDEPA o UCS no mellaron el caudal electoral, no fracturaron el aparato partidario de manera importante ni lograron crear partidos duraderos, ni siquiera fugazmente importantes, a diferencia de los quiebres provocados en la primera generación por H. Siles, W. Guevara o J. Lechín en el MNR o por los jóvenes comunistas del PIR, en la segunda generación por A. Aranibar y otros en el MIR, fundadores del Movimiento Bolivia Libre (MBL).

Estas características agravaron el de por sí difícil reto de reemplazar a los jefes: CONDEPA y UCS entraron rápidamente en crisis después del fallecimiento de sus fundadores (ROMERO BALLIVIÁN 2003b). También dio un carácter familiar a los partidos en cuestión: las organizaciones fueron «heredadas» por los hijos de los fundadores en los casos de CONDEPA y de UCS —en este último caso, por dos hijos, Johnny y Roberto Fernández que pronto se distanciaron—,

las esposas jugaron papeles de primer orden, como demostró el ejemplo de Mónica Medina en CONDEPA, alcaldesa de La Paz, y hasta Erick Reyes Villa, hermano del jefe, ocupó la secretaría ejecutiva del NFR.

Por último, esta generación de partidos no se adecuó a la idea espontánea de que ella corresponde a una nueva generación en el sentido biológico. Los partidos fundados después de la Guerra del Chaco fueron creados por treintañeros con escasa trayectoria política que en el mejor de los casos habían ocupado puestos administrativos en gobiernos anteriores. Algo parecido puede afirmarse, con excepción de ADN, de los partidos de la segunda generación, organizados por jóvenes que comenzaban su vida política, sin experiencia en cargos públicos. Se trató de movimientos generacionales, lo que también explica que la actividad de esos políticos pudiese extenderse sobre tres, cuatro y hasta cinco décadas. En cambio, en la tercera generación, los partidos tuvieron un origen distinto, se conformaron alrededor de liderazgos ya consolidados, de personalidades que tenían por sí mismas un significativo caudal electoral pero que carecían de una estructura partidaria. No había tiempo para que los jóvenes armasen el partido o explorasen las mejores tácticas: Palenque, Fernández o Reyes Villa recurrieron a políticos ya experimentados, con trayectoria en otros partidos en los cuales ascendieron hasta la tercera o segunda fila. Fueron partidos nuevos pero no implicaron un personal nuevo.

Los partidos de la tercera generación nacieron como respuesta a dos de las grandes transformaciones impulsadas desde el viraje liberal de 1985: el predominio de la economía liberal y la descentralización del Estado. En reacción a la primera y para canalizar la insatisfacción de sectores populares que se sintieron vulnerables por el retiro del Estado, se fundaron Conciencia de Patria (CONDEPA, 1988), de Carlos Palenque, Mónica Medina y Remedios Loza, y Unidad Cívica de Solidaridad (UCS, 1989) de Max Fernández.<sup>5</sup> Como fruto de la segunda y con el propósito de alcanzar o administrar el poder local, surgieron Nueva Fuerza Republicana (NFR, 1996) de Manfred Reyes Villa, el Movimiento Sin Miedo (MSM, 1999) de Juan del Granado, aunque este partido constituye también un desgajamiento del MBL. Por último, si se deja de lado el origen formal del partido, escisión del tronco falangista, el Movimiento Al Socialismo (MAS, denominado inicialmente MAS - Unzaguista),

---

<sup>5</sup> Para una visión de conjunto sobre ambos partidos, véase MAYORGA 2002.

como expresión del movimiento cocalero y del campesinado de Cochabamba, cabalga sobre ambos movimientos. Denunció el imperialismo, el capitalismo, las orientaciones liberales y construyó su poder desde los ambientes locales: en simbiosis con los sindicatos campesinos ganó desde 1995 las alcaldías rurales de Cochabamba (CALLA & CALLA 1996: 42-49) y a partir de 1997 las diputaciones uninominales, incluyendo la circunscripción 27 del trópico, donde Evo Morales se impuso sin discusión.

Si las dos primeras generaciones se preguntaron cómo cambiar una situación estabilizada aunque sometida a tensiones (la sociedad liberal o la posrevolucionaria), la tercera reaccionó ante un cuadro en movimiento permanente, que no había definido todavía todos sus rasgos y en la cual la iniciativa pertenecía a los promotores del cambio, ¡que eran los partidos acusados de ser «tradicionales»! Por lo tanto, les costó definir si debían proponer el cambio de un modelo aún en construcción o más bien sugerir cambios en el modelo. Sus ideas y sus prácticas reflejaron esa hesitación.

En el campo económico, los nuevos partidos criticaron las preferencias por la economía de mercado. La aplicación del liberalismo provocó al menos dos consecuencias sobre las cuales prosperaron los nuevos partidos. Por un lado, la economía debilitó su capacidad para integrar a los sectores populares y se extendió un amplio sector informal: los empleos, incluso en las áreas modernas como la industria, se volvieron precarios y los trabajadores tendieron a definirse menos en función de su identidad laboral (LUCANO 2009). En paralelo, gracias al comercio y los servicios, pero con la misma marcada informalidad, prosperó una burguesía de origen popular. Por otro lado, se perdió confianza en el progreso, la modernidad, la universalidad de las capacidades tecnocráticas que animó a la segunda generación de partidos y que tuvo legitimidad durante la expansión económica de las décadas de 1960-1970. CONDEPA y UCS apoyaron a los sectores populares con paliativos puntuales que permitieron superar dificultades urgentes, pero se refirieron poco a proyectos de cambio completo de la sociedad como antes ofrecieron las formaciones marxistas. Ante las promesas incumplidas del progreso económico, los nuevos actores sociales como los vendedores informales, independientes del proletariado organizado, se acercaron a partidos que se dirigieron a ellos de manera específica, ofreciéndoles respuestas concretas para necesidades tangibles aunque limitadas. A las identidades

profesionales privilegiadas por la segunda generación, sucedieron identidades más culturales, la exaltación de tradiciones populares y «cholas» (mestizas) que prometieron una integración social que la economía ya no permitía.

La descentralización del Estado introdujo una novedad en la política boliviana: la aparición de partidos organizados desde la arena local. Hasta la última década del siglo XX, ningún liderazgo nacional provino del terreno municipal o departamental, lo que se explica por los limitados recursos y atribuciones que tenían las alcaldías o las prefecturas y, sobre todo, por la ausencia de la legitimidad democrática que otorga el voto. En cambio, cuando los municipios recibieron fondos, adquirieron nuevas competencias y tuvieron sus autoridades elegidas por sufragio universal, la figura cambió: los alcaldes más exitosos de las ciudades grandes se proyectaron hacia la competencia nacional o dirigentes nacionales prefirieron pasar por una gestión municipal para reaparecer fortalecidos en el campo nacional o con mayor autonomía con respecto a las direcciones centrales de sus partidos. El caso más célebre fue NFR, el partido fundado por el alcalde de Cochabamba Manfred Reyes Villa (1993-2000): en 1997 el partido se alió a ADN obteniendo importantes cuotas parlamentarias y en 2002 ocupó el tercer lugar en la presidencial.

Hasta el final del siglo XX, los partidos de la tercera generación no consiguieron desplazar del gobierno a los partidos provenientes de las generaciones anteriores ni alterar de manera importante las pautas de las políticas públicas. Cuando estallaron los conflictos sociales de abril de 2000, que marcaron el inicio de una nueva etapa que modificó fuertemente las bases de la política y descompuso el sistema partidario, varios de los partidos nuevos ya tenían el mote de «tradicionales», se encontraban en declive y no consiguieron dejar su huella en las políticas públicas aunque sí en la forma de hacer política en Bolivia. Se abrió el nuevo siglo y con él llegaba una profunda remodelación del sistema de partidos.

## **6. CONCLUSIÓN: ¿ENTRE UN SIGLO XX YA DESAPARECIDO Y UN SIGLO XXI AÚN AUSENTE?**

Los primeros años del siglo XXI pudieron dar la impresión de una permanencia de las generaciones partidarias del siglo XX con la victoria del MNR en la presidencial de 2002, confirmando que es el partido que más comicios generales ha ganado en la historia boliviana. Sin embargo, la situación cambió de manera

drástica en muy corto tiempo, junto con la caótica evolución de la coyuntura política: en 2003 Sánchez de Lozada renunció y su salida del gobierno se interpretó como el final de un ciclo que él simbolizó alrededor de la «democracia pactada» y el liberalismo económico; en 2005 su vicepresidente y sucesor Carlos Mesa también dimitió, asediado por la presión de los movimientos populares de tierras altas y las exigencias autonómicas de las tierras bajas.

En esas condiciones, la segunda presidencial del siglo XXI, en 2005, tuvo un rostro muy diferente. El MNR, que había sido ganador o segundo en las presidenciales desde 1979, cayó al cuarto lugar. El MIR y ADN, que habían competido solos o en alianza en todas las carreras desde el retorno a la democracia, no figuraron en la papeleta. UCS tampoco se presentó, ni CONDEPA que había perdido su registro. Como el mote de «tradicional» era demasiado duro para cargar, el ex presidente Jorge Quiroga, jefe de ADN, aspiró a la presidencia de la República con PODEMOS, una improvisada coalición que dio cabida a numerosos cuadros de ADN, del MIR y del MNR, logrando el segundo puesto; Jaime Paz, fundador del MIR, se replegó a Tarija donde compitió por la prefectura de Tarija al frente de una agrupación ciudadana; Manfred Reyes Villa se presentó para la prefectura de Cochabamba sin la sigla de NFR y vistió la camiseta de una agrupación ciudadana. Para la presidencial de 2009, PODEMOS ya no se presentó, tampoco el MNR, ausente de una elección general por primera vez en más de seis décadas, ni ADN y UCS, completamente marginalizados, ni el MIR, NFR y el MBL, que perdieron entretanto sus personalidades jurídicas.

El escenario ha quedado dominado por el MAS, ganador con mayoría absoluta de las consultas de 2005 y 2009. Como se indicó, su origen formal lo emparenta con la primera generación, su verdadero origen social y político lo sitúa en la tercera generación pero es evidente que esas referencias son insuficientes desde que Evo Morales asumió la Presidencia de la República. Con su victoria, se produce una profunda transformación del escenario boliviano. En política, la democracia representativa y procedimental se juzgó demasiado estrecha frente a un modelo que exaltó las virtudes de formas democráticas directas y comunitarias, no necesariamente asentadas en el voto, los partidos o las instituciones. En economía, se procedió al desmantelamiento de un modelo basado en el libre juego del mercado, la inversión extranjera y las exportaciones para devolver al Estado un papel protagónico a través de nacionalizaciones y

limitar los márgenes de acción del empresariado. En el plano institucional, la descentralización del Estado ha proseguido su camino, con la creación de autonomías regionales y, sobre todo, con la elección de gobernadores y asambleas departamentales, que reconfiguran las relaciones de poder dentro del Estado. Por último, en el campo social y cultural, el multiculturalismo moderado cedió ante un intenso proceso de reconstrucción de identidades étnicas, con una clara valoración de la matriz indígena.

Los cambios son acelerados e intensos, propicios para generar un gran debate sobre el destino del país, lo que siempre se ha asociado con la formación de una generación de partidos. Sin embargo, la polarizada contraposición de tesis y antítesis todavía no se ha canalizado a través de organizaciones partidarias, de viejo o nuevo cuño, en la medida que el MAS ha adquirido una posición predominante en un cada vez más desestructurado sistema de partidos. El debate tampoco ha cristalizado en la emergencia de una nueva generación de partidos, la primera del siglo XXI.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALEDA, Stéphanie

2002 «CONDEPA y UCS, ¿fin del populismo?». *Opiniones y Análisis*, n.º 57, pp. 106-111.

ALEXANDER, Robert J.

1991 *International Trotskyism 1929-1985: A Documented Analysis of the Movement*. Durham: Duke University Press.

ALVÉSTEGUI, David

1957

1970 *Salamanca; su gravitación sobre el destino de Bolivia*, 4 volúmenes. La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos.

ANTEZANA, Luis

1984

1992 *Historia secreta del MNR*, 9 volúmenes. La Paz: Juventud.

BARRAGÁN, Rossana

2005 «Ciudadanía y elecciones, convenciones y debates». En: BARRAGÁN, Rossana & José Luis ROCA. *Regiones y poder constituyente en Bolivia*. La Paz: PNUD.

CALLA, Ricardo & Hernando CALLA

1996 *Partidos políticos y municipios*. La Paz: ILDIS.

CÉSPEDES, Marcelo

1982 *Los bolivianos, ¿estamos maduros para la democracia?* La Paz: Khana Cruz.

CHÁVEZ, Omar & Susana PEÑARANDA DE DEL GRANADO

1992 *El MIR entre el pasado y el presente*. La Paz: Gráficas Latina.

1997 *Jaime Paz Zamora: un político de raza*. La Paz: Design.

COUFFIGNAL, Georges

1992 «A quoi sert de voter en Amérique Latine?». En : COUFFIGNAL, Georges (dir.). *Réinventer la démocratie*. París: PFNSP.

DAHL, Robert

1998 *La democracia (una guía para los ciudadanos)*. Madrid: Taurus.

DEBRAY, Régis

1999 *Alabados sean nuestros señores: una educación política*. Barcelona: Plaza y Janés.

DI TELLA, Torcuato S.

1993 *Historia de los partidos políticos en América Latina: siglo XX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

DUNKERLEY, James

1987 *Rebelión en las venas*. La Paz: Quipus.

DUVERGER, Maurice

1992 *Les partis politiques*. París: Seuil.

FURET, François

1995 *Le passé d'une illusion (essai sur l'idée communiste au XX<sup>ème</sup> siècle)*.  
París: Laffont.

GELLNER, Ernest

1988 *Naciones y nacionalismo*. México: Alianza.

GÓMEZ TAGLE, Silvia

2007 «Las elecciones del 2 de julio en la consolidación del pluralismo  
mexicano». En: CHERESKY, Isidoro. *Elecciones presidenciales y giro  
político en América Latina*. Buenos Aires: Manantial.

HOBBSBAWM, Erick

1998 *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

2003 *Años interesantes*. Buenos Aires: Crítica.

HURTADO, Javier

1986 *El katarismo*. La Paz: Hisbol.

JOHNSON, Paul

1993 *Tiempos modernos*. Buenos Aires: Vergara.

KLEIN, Herbert

1968 *Orígenes de la revolución nacional boliviana*. La Paz: Juventud.

1987 *Historia general de Bolivia*. La Paz: Juventud.

LAVAUD, Jean Pierre

1998 *El embrollo boliviano*. La Paz: Hisbol.

LAZARTE, Jorge

2002 «Tesis de Pulakayu». En: BARNADAS, Josep (dir.). *Diccionario  
histórico boliviano*. Sucre: Grupo de Estudios Históricos.

LIPSET, Seymour M. & Stein ROKKAN

1990 «Cleavage Structure, Party System and Voters Alignments». En: Lipset, Seymour M. *Consensus and Conflicts*. Nueva Jersey: Transaction.

LUCANO, Daniel

2009 «Constitución actual de la subjetividad de las identidades en obreros fabriles». Tesis de licenciatura en Sociología. Universidad Mayor de San Andrés, 147 p.

MAINWARING, Scott

1999 *Rethinking Party System in the Third Wave of Democratization*. Stanford: Stanford University Press.

MALLOY, James

1989 *Bolivia: la revolución inconclusa*. Cochabamba: CERES.

MANSILLA, H. C. F.

1997 *Tradición autoritaria y modernización imitativa*. La Paz: Carasplas-Plural.

MAYORGA, Fernando

2002 *Neopopulismo y democracia: compadres y padrinos en la democracia boliviana, 1988-1999*. La Paz: CESU-Plural.

MAYORGA, René A.

1993 «Reforma política y consolidación de la democracia en Bolivia». En: MURILLO, Gabriel (ed.). *Hacia la consolidación democrática andina*. Bogotá: Universidad de los Andes, pp. 15-79.

PEÑARANDA, Martha

2004 *Vida, ritmos y tiempos de ADN*. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.

PÉREZ-LIÑÁN, Aníbal

2009 *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.

PNUD

2004 *La democracia en América Latina*. Lima: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

ROCA, José Luis

1999 *Fisonomía del regionalismo boliviano*. La Paz: Plural.

ROMERO BALLIVIÁN, Salvador

2003a *Geografía electoral de Bolivia*. La Paz: Fundemos.

2003b «CONDEPA y UCS: el declive del neopopulismo boliviano». *Revista de ciencia política de la Universidad de Chile*, pp. 88-97.

2009a *Diccionario biográfico de parlamentarios 1979-2009*. La Paz: FUNDAPPAC.

2009b «Medio siglo de historia del organismo electoral de Bolivia». *América Latina hoy*, n.º 51, abril de 2009.

ROUQUIÉ, Alain

1987 *Amérique Latine (introduction à l'Extrême – Occident)*. París: Seuil.

SARTORI, Giovanni

2005 *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza.

SEILER, Daniel-Louis

2003 *Les partis politiques en Occident*. París: Ellipses.

TOURAINÉ, Alain

1988 *La parole et le sang (politique et société en Amérique Latine)*. París: Jacob.

ZAVALETA, René

1974 *El poder dual en América Latina*. México: Siglo XXI.

1983 «Las masas en noviembre». En: ZAVALETA, René (comp.). *Bolivia hoy*. México: Siglo XXI.

[Sobre el autor]

SALVADOR ROMERO BALLIVIÁN

Boliviano. Obtuvo la licenciatura, la maestría y el doctorado en Sociología Política en el Instituto de Estudios Políticos de París.

Entre sus principales cargos destacan la vicepresidencia de la Corte Departamental Electoral de La Paz y la presidencia de la Corte Nacional Electoral. Catedrático universitario desde 1995, ha dictado clases en posgrados y maestrías de universidades bolivianas. Ha trabajado como consultor e investigador para instituciones públicas, privadas y organismos internacionales.

Ha publicado los siguientes libros: *Diccionario biográfico de parlamentarios 1979-2009* (2009), *Atlas electoral latinoamericano* (2007, compilador); *El tablero reordenado: análisis de la elección presidencial de 2005* (2007, una edición previa); *En la bifurcación del camino: análisis de los resultados de la municipal 2004* (2005), *Geografía electoral de Bolivia* (2003, dos ediciones previas), *Razón y sentimiento: la socialización política y las trayectorias electorales de la élite boliviana* (2003), *Participación y abstención electoral en Bolivia* (2003, coautor), *Reformas, conflictos y consensos* (1999), *Electores en época de transición* (1995). Artículos suyos sobre asuntos políticos han sido publicados en periódicos, revistas y libros de América Latina y Europa. Ha dictado conferencias y clases en más de doce países.